

## EL CORPORATIVISMO EN PORTUGAL

No pretendemos trazar aquí las líneas esquemáticas de la organización corporativa portuguesa. Sólo intentaremos trasladar al papel algunas de nuestras impresiones, aunque sean un tanto superficiales. Quieran ser solamente la proyección de un exámen que aún no ha podido ser ni profundo, ni sistemático.

No es difícil demostrar que las encíclicas sociales pontificias han inspirado notablemente la pluma del legislador lusitano. Así el corporativismo portugués tiene el aire optimista de las creaciones humanas que encierra plenitud de facultades y feliz equilibrio entre la autoridad y la libertad, entre la iniciativa privada y la disciplina estatal, entre la regla y la vida.

El reconocimiento de la iniciativa privada, la eliminación de la autodefensa de clases, el respeto al concepto de autoridad, el predominio del Estado sobre los grupos particulares y otras mil directrices del Estatuto de Trabajo Nacional indigitan un patrón que mucho se asimila a la doctrina social católica.

León XIII había dicho en la «*Rerum Novarum*» que las huelgas y lock-outs no debían aclimatarse en el campo económico «porque dañan no sólo a los patronos y a los mismos obreros, sino también al comercio y a los intereses comunes; y, por la violencia y los tumultos, a los cuales dan ocasión de ordinario, ponen en peligro la tranquilidad pública». La legislación corporativa portuguesa parece vaciada enteramente en este molde y así con los contratos colectivos, la magistratura del Trabajo y la intervención,

en último caso, del Estado, procura cerrar la puerta a todas las conmociones populares y jerarquizar debidamente el bien común.

La función a la par individual y social tanto de la propiedad, como del trabajo y el capital que se asigna a cada uno de los factores de la producción, significa que se ha pasado del reino negro y concepcionista del liberalismo económico, al sano y abierto del corporativismo, sin tener que enlodarse los pies con las excrecencias del socialismo marxista.

Existe un corporativismo de Estado y otro de asociación y a ambos podía tender su mano Salazar. Prefirió el segundo. El primero puede tener poco de cristiano. Todos los dirigentes lusitanos se indignan, si se quiere confundir su corporativismo con el de un Estado totalitario. No cesan de afirmar con la mayor energía su voluntad antiestatista, y con la mayor razón. Así producen con ritmo lento y persistente, no como quien trabaja para el momento fugaz, sino como quien se sobrepone al tiempo y emplaza su obra en una perspectiva serena de futuro.

La ventaja indiscutible de esta táctica es la estabilidad. Se crean los organismos corporativos con más espontaneidad, o mejor dicho, nacen ellos espontáneamente, solamente alentados por la potestad educativa del Estado. Los casilleros se adaptan a ellos, no ellos a los casilleros, que eso es conformarse en la práctica con la filosofía corporativista, de contenido esencialmente orgánico.

A esta doctrina no se opone en manera alguna el que el Estado intervenga un tanto más al principio, ya que esta intervención se conforma plenamente con las doctrinas pontificales acerca de los límites de la potestad del Estado.

Para Pío XI el poder público debe limitarse a «enderezar, vigilar, incitar y reprimir, según los casos y la necesidad».



«Custodio de lo justo y gerente del bien común — dice el Código Social de Malinas —, el Estado tiene que ejercer una acción positiva sobre la vida económica.»

Todo el artículo séptimo del Estatuto de Trabajo Nacional es una magnífica paráfrasis de estas palabras del pontífice. Allí se señalan como objetivos del Estado el establecer el equilibrio de la producción, de las profesiones, de los empleos, del capital y del trabajo; defender la economía nacional de los parásitos y obstaculizadores de los intereses superiores de la vida humana; no permitir el estancamiento de la técnica o del crédito de tal manera que se lesione el mayor salario o el menor precio; reducir al *mínimum* indispensable la esfera de su funcionalismo privativo en el campo de la economía nacional; y promover la formación y desenvolvimiento de la economía nacional corporativa, con unidad, colaboración, eficacia y personalidad.

Como siempre es fácil criticar la actividad ajena, hay quien se queja del paso lento de la acción gubernamental y quien, por el contrario la tacha de apresurada. Nosotros creemos que su paso es el de Salazar, quizás lento, considerado en sí mismo, pero muy sensato si se le encuadra en conjunto de circunstancias nacionales y políticas que acompañan al régimen instaurado.

Lo que más admira en el régimen corporativo portugués, es la economía de elementos legislativos que han bastado para ponerlo en marcha. Diez artículos para el Estatuto del Tratado del Trabajo en su título tercero que trata de la organización corporativa; tres para el Consejo Corporativo; veinte para la Cámara Corporativa; diez para los Gremios; veinticinco para los Sindicatos y treinta y uno para las «Casas do Povo» que, con ser la más humilde de las creaciones corporativas portuguesas, se lleva la palma en el articulado legislativo. En algunos puntos la economía de artículos adquiere carácter de laconismo desconcertan-

te, v. gr.: al tratar de las Federaciones, Uniones y Corporaciones, lo que ha podido dar lugar tratadistas extranjeros a más de una incomprensión.

Dijimos que nos admiraba esta economía, porque parecía no podía entenderse por corporativa una legislación, si no se gozaba en desarrollar desde el primer momento en el Diario del Gobierno todas las piezas del ingenioso mecanismo jerárquico la impecable ordenación de sus variados juegos y los mil encasillados en donde pudiera esconderse la célula más microscópica del organismo corporativo.

Los legisladores portugueses han comprendido que la vida corporativa ha de ser vida espontánea, no mecánica; autodirigida, no impuesta; interna y no de fachada. El órgano corporativo, como órgano, posee vida interna, no es un edificio arquitectónico que se levanta siguiendo un plano minuciosamente detallado, ni una piedra que se moldea dictatorialmente, ni hierro que se funde y vacía en el molde con sumisión absoluta.

Decíamos que al tratar de las Federaciones, Uniones y Corporaciones el laconismo era desconcertante y que ese laconismo era prudentísimo. Convenía dibujar con trazos fuertes y vigorosos los elementos básicos de un régimen que se instauraba y no dejarlos a merced de la primera iniciativa alocada. Así acaecía al tratar de los sindicatos nacionales y asociaciones patronales; pero las Federaciones, Uniones y Corporaciones formaban una superestructura, que dependía de los cimientos y era un espejismo querer formular ya decididamente la adaptación de necesidades que todavía no se conocían. Un esbozo bastaba para insinuar el plan, la realización habrá de ser de iniciativa privada, aunque controlada por el poder público.

¡Cuánta vitalidad se esconde en los órganos débiles del naciente corporativismo lusitano! Es que su legislación corporativa es la mejor interpretación de su conciencia y



el índice que nos señala la trayectoria indeclinable de su futuro. «Mi método es — dice Salazar — el de huir el apriorismo, proceder empíricamente, aunque manteniendo siempre la pureza de los principios.»

«Para organizar la corporación — afirmaba a Gonzaga de Reynold — es necesario ir despacio, porque es necesario ante todo *fomentar el espíritu corporativo*, sin el cual la corporación corre peligro de convertirse o en un «trust», en burocracia estatista. Sin embargo, el Estado está obligado a intervenir sin cesar, porque evita igualmente el individualismo liberal que la dejadez portuguesa. No queremos corporativizarlo todo de un solo golpe. Comenzamos donde se puede, iniciamos la labor a ras de tierra, dejándonos influir por los imperativos locales.»

Todos los interesados por el corporativismo en Portugal deben recordar frecuentemente estas palabras de Salazar: «Es necesario ante todo *fomentar el espíritu corporativo*». Quizás aquí habría algo que criticar en la acción lusitana. Debería de hacerse más propaganda, encarnar más la idea corporativa, adaptarla más a la mentalidad popular, cristalizarla en frases breves y concretas que todo el pueblo comprendiera.

Nos ha producido la impresión el contacto con el pueblo de que era demasiado vago el concepto que había logrado formar del corporativismo que pretendía vivir. ¿No sería aquí también extraordinariamente fecundo un «decálogo del Corporativismo portugués», así como lo es el decálogo del Estado Nuevo?»

Una biblioteca suficientemente rica de temas corporativos es el corolario obligado del «Centro de Estudios Corporativos». Con ella se facilitaría extraordinariamente a la nueva y revolucionaria juventud la entrada en los alcázares de la nueva ideología. La falta de pensadores y escritores corporativistas que se advierte en Portugal sería fácilmente subsanable con sólo valerse de una industria, tan al alcance de la mano como ésta.

En el artículo 5.º del Estatuto de Trabajo se dice así: «Las personas y las entidades corporativas por ellas constituidas, deben ejercitar su actividad con espíritu de paz social y sometiéndose al principio de que la función de la justicia pertenece exclusivamente al Estado.»

A algunos comentaristas ha parecido esta ingerencia del Estado demasiado excesiva. Nosotros no nos atrevemos a firmar su proposición. Salazar ha dicho abiertamente: «Ninguno de nosotros defiende en Portugal la omnipotencia del Estado, frente a la masa humana, simple materia prima de las relaciones políticas. Ninguno considera al Estado como fuente de la moral y de la justicia... Ninguno proclama a la fuerza, madre de todos los derechos con perjuicio de la conciencia individual, de la legítima libertad de los ciudadanos y de los fines que se imponen a la persona humana.»

Este respeto para con la persona humana y para con sus justas libertades es una de las características del corporativismo portugués, que le diferencian con alguno de otros corporativismos modernos. Así, aun los huesos áridos saben integrarse en el concepto de la nación corporativa, como se integraron en la visión ezequiélica para formar el núcleo de una unidad orgánica.

El estudio etiológico — por decirlo así — del corporativismo lleva consigo necesariamente un profundizar en el concepto de *jerarquía* y *jerarquismo*. Jerarquía, no de fines primariamente, pero sí de entidades. Jerarquía de los organismos vitales de la Nación; jerarquía de lo material a lo inmaterial; jerarquía de lo temporal a lo eterno, como afirma Ugo Espirito.

Esa jerarquía no se guarda cuando lo económico esclaviza a lo social, o lo social a lo moral.

Para los dirigentes del movimiento corporativo portugués la cúpula de la escala de fines corporativos es el fin moral. Todos los otros planos vienen a confluir en éste. El fin social



está por encima del económico, el nacional supera al social y el moral integra en sí a todos los otros: económico, social y nacional.

Sólo así la corporación cumple su fin entero y es verdaderamente corporación y no «trust». La coordinación económica, los consejos técnicos, los institutos, juntas, gremios y federaciones, si son órganos corporativos, deben servir para reflejar y extender el espíritu corporativo. El espíritu corporativo, a su vez, no es sino la comprensión de la jerarquía de valores objetivos, la educación de la solidaridad cristiana que respeta la jerarquía de fines, la mutualidad de recursos, como hermanos nacidos de una misma patria, hijos de una misma profesión, debedores de una misma civilización cristiana y coparticipantes de una misma redención en Cristo.

Este espíritu es el que comenzó a faltar, cuando Lutero proclamó la desjerarquización, comenzando por negar la autoridad del Pontífice Romano. Destrozada una vidriera, por qué no destrozarlas todas?

Se siguió, pues, el romper las trabas de la autoridad profesional, después el de la autoridad civil, últimamente el de la más íntima conciencia. Sin este espíritu es imposible que las corporaciones no pasen a ser, más tarde o más temprano, puras entidades de cooperación económica, sindicatos que no llamaremos «pools» ni «cartels», pero que poco les faltará para serlo.

Debe, pues, el Estado portugués fomentar este espíritu, pedir la ayuda de cuantos puedan comunicar esa sangre y aliarse con cuantos estén dispuestos a calar hondo en la psicología de los elementos que integran el organismo corporativo. En las antiguas corporaciones medievales fué la Iglesia quien infiltró ese espíritu vivo y pujante en cada uno de sus órganos disciplinarios. Lutero le cortó las manos y desde entonces, fué imposible encontrar un podador que pudiese en un año cortar tantos retoños venenosos como de sí en solo un mes brotaba la burocracia corporativa que pasó a ser monopolio de los de arriba.

Se ha insistido al hacer la crítica de la legislación portuguesa, tachándola de mantener la *distinción de clases*: Gremios y Sindicatos. Dicen que la «*Quadragesimo Anno*» está lo contrario, cuando afirma categóricamente que: «La perfecta curación no se obtendrá sino cuando, quitada de en medio esa lucha, se formen miembros de cuerpo social bien organizados; es decir, «órdenes» o «profesiones» en que se unan los hombres, no según el cargo que tienen en el mercado del trabajo, sino según las diversas funciones sociales que cada uno ejercita.»

Queda tapada la boca de estos críticos improvisados, con sólo mandarles proseguir su lectura de la «*Quadragesimo Anno*». Si así lo hacen tendrán que leer estas otras palabras de la misma encíclica: «Las cuestiones o intereses que exijan especial y protección, las ventajas y desventajas de patronos y obreros, si alguna vez ocurrieren, podrán unos y otros tratarlas aparte, y si el asunto lo permite, determinarlas.»

Es además, la legislación portuguesa la que ha realizado esa ansia de desdiferenciación de clases, en algunos de sus elementos primarios, con mayor acierto. Las «Casas do Povo» y las «Casas de Pescadores», han cristalizado ese espíritu de colaboración no diferenciada de los elementos productores allí donde era realmente realizable. En el sector rural la diferenciación profesional es casi ninguna y los trazos que la distinguen de la patronal no podrán nunca adquirir perfiles definitivos. Allí, pues, pedía la misma naturaleza de la producción la no diferenciación de los elementos productivos.

Esta feliz solución de las «Casas do Povo» permite abordar el problema social de las campañas portuguesas en todas sus facetas fundamentales, resolviéndolo desde el punto de vista de su instrucción hasta el extraordinariamente complejo de la asistencia, pasando por una serie de modalidades asombrosas a las que en Portugal no fué posible durante muchas decenas de años dar una solución, ni siquiera predefinitiva.



La idea de las «Casas do Povo» encierra en sí toda una gama de realizaciones sublimes que irán dando su fruto, a medida que la raíz fundamental corporativa se vaya comprendiendo en toda su extensión por los socios que constituyen su asamblea general. Su acción será tan varia como la de una gran familia, que así la llama el inteligente Ministro de Comercio Dr. Tetonio Pereira.

Salazar es un gran lírico que rebasa las escuelas y las clasificaciones. Cuando dice que le falta a las «Casas do Povo» quien las anime con su fe y las fortalezca con su dedicación, no hace sino reflejar fielmente la historia de los hechos. Las «Casa do Povo», pese a quien piense lo contrario, tienen todo lo que necesitan para poder ser células vivas de una comunidad orgánica, disciplinada y autónoma de estilo corporativo. Cuando fracasan o viven vida lánguida, no son ellas las que fracasan o languidecen, son los dirigentes.

«Nuestro problema — nos decía una de las primeras figuras de Corporativismo portugués — es el problema de los dirigentes.»

Añade Salazar que las «Casas do Povo», «como baluartes del orden debían tener a su servicio a todos los que encuentran en el desorden su peor enemigo». Ya han sido elegidos por votación de los socios como presidentes algunos de los curas párrocos de las respectivas feligresías, pero hay que coincidir en que podían ser más. ¿Por qué no aumenta el número? Lo ideal sería el que los Curas Párrocos, por su entusiasmo para con la idea cristiana que se esconde en la solidaridad de las «Casas do Povo», por su comprensión superior del espíritu de caridad, de justicia, de previsión y de jerarquía que debe darles vida y por la autoridad independiente que caracteriza la acción del padre de los fieles, fueran los presidentes ideales de esas «Casas do Povo» y que el no serlo fuera una necesaria excepción, muy frecuente, si se quiere, pero siempre excepción. Se necesitaría entusiasmo y formación, pero nadie tan

apto para sentir el primero y para adquirir la segunda, como el sacerdote católico.

Algunas mentalidades demasiado despiertas para ver intenciones segundas donde no las hay, han interpretado la diferencia de trato dado a las organizaciones patronales y a las sindicales, como una concesión hecha a unos patronos demasiado imbuídos de la mentalidad liberal e individualista. ¿En qué se fundaban? Sencillamente, en que a las asociaciones patronales se les dejaba más libertad, y más ancho campo de acción. No advertían que las condiciones de acción y los intereses profesionales son casi idénticos en los sindicatos, mientras que en los gremios y demás organizaciones patronales son diversificadísimos, esencialmente económicos y, por tanto, su legislación debe ser mucho más adaptable y elástica.

Otra de las características de la organización corporativa portuguesa es la espléndida floración de espíritu *antiburocrático*. Entre los dirigentes se encuentran figuras profundamente apasionadas por la moralidad administrativa, de la cual podríamos aducir ejemplos emocionantes, si no temiéramos lesionar un secreto. Casi todos los jefes son jóvenes, rebosantes de optimismo, conscientes de la revolución que han emprendido y entregados enteramente a su empresa. Con razón pudo decir Reynold que el I. N. T. P. era «un estado mayor de jefes y aun de apóstoles.»

El calvario por el que tienen que pasar todos los que influyen en el movimiento corporativo portugués es ver sus estadísticas puestas en cotejo con las de otras naciones neo-corporativas en las que la obligatoriedad de la institución y las proporciones geográficas del país hacen crecer los números en proporciones gigantescas. Cométese, por tanto, un gran pecado de crítica, cuando se pretende, sin más, hacer consistir en los números el progreso o acierto del corporativismo lusitano. Nación pequeña y desorganizada por la república democrática necesitaba un espíritu gigantesco para tomar proporciones corporativas de aso-



ciación que pudieran enfrentarse con la de otros países de más corporativismo de Estado que de asociación.

Hay quien está ciego y no acierta a ver *las ventajas* que ya aparecen como frutos de la organización corporativa. Entre la clase patronal los gremios han disminuído la competencia fraticida que obligaba tiránicamente a disminuir los salarios de los obreros, a fin de no quedar arrinconados en la lucha. La elaboración de contratos colectivos de trabajo se ha hecho relativamente fácil con grandes ventajas, tanto para los obreros como para los patronos.

Obreros y patronos colaboran, en virtud de una ideología de comprensión mutua admirable. Claro está que no pueden desnudarse en unos años de todos los prejuicios, tanto patronales, como proletarios, de individualismo y socialismo. Los patronos excusan a sus obreros y los obreros a sus patronos. El horario y las condiciones de trabajo son bien finalizados y los derechos y reglamentos que se refieren a trabajo han dejado de ser lo que fueron en tiempo de conquista electoral: un señuelo en el papel para las multitudes hambrientas, mientras que en la realidad poco o nada encontraba cumplimiento. El obrero comienza a sentir la alegría del trabajo y el patrono va logrando apagar sin tropiezos su desbocado afán de lucro fraticida.

Las organizaciones precorporativas de coordinación económica facilitan la exportación, modulan la importación, fiscalizan para bien de todos y a la par que elevan la riqueza del país facilitan la espontánea floración del espíritu corporativo en provecho de todos.

Los iniciadores del movimiento corporativo portugués no nos dan sus fórmulas como definitivas, ni como la más fiel expresión del ideal corporativo, sino que las han adoptado como las más apropiadas a las condiciones sociales y económicas de su Nación. El mayor de los imperativos de su corporativismo es adaptarse a lo empírico y hacer guerra a las concepciones apriorísticas. Son, por tanto, ellos mismos los que nos aseguran que han de cambiar y muy

frecuentemente el cauce del espíritu corporativo, porque no tratan de martirizarlo y estorbarle el curso fácil, sino por el contrario de ayudar su avance y alentar su nacimiento, donde aún no haya sido concebido.

A los demasiados inquietos y apresurados convendrá recordar que el verdadero corporativismo no es sólo una organización, sino un espíritu y que, por tanto, tardarán decenas de años antes que las costumbres, logren alimentarse de un espíritu corporativo integral. Pasar de las leyes a las costumbres y de las costumbres al espíritu representa la trayectoria necesaria de la revolución corporativa. Pensar sobre el trabajo, sobre el capital, sobre la técnica, sobre la administración e incluso sobre la política a la manera corporativa es empresa que no se acomete en un día. Es obra de generaciones, en la cual no es desfallecer comenzar preferentemente por lo más fácil, es decir, por lo económico, para terminar en lo social y en lo íntimo de la ideología. Portugal ha sido valiente y ha acometido el problema de frente, no apoyándose demasiadamente en lo económico. M. Van Zeeland, el presidente del Consejo Belga decía: «Yo encuentro los principios de mi acción en las dos grandes encíclicas pontificias de 1891 y de 1931. Es de notar que la primera es estrictamente «social», mientras que la segunda, la «*Quadragesimo Anno*» es preferentemente económica.»

Queremos que estas líneas, que no se avergüenzan de parecer apología, puedan ser perennes. Colaboren todos los hombres de buena voluntad y de sana ideología a esta gran empresa del siglo XX, ya que en su triunfo se esconde la victoria de mil otros programas de vigorización social. Más eficaz es luchar contra el comunismo oponiéndole un sistema con realizaciones positivas que enfrentar a una ideología extraordinariamente sentimental y realista una concepción también abstracta, pero cuajada de nociones para la masa incomprensibles. Si esta batalla así resulta estéril, ¿cuánto más no lo será la que se reduce a ponderar las la-



cras de un sistema que viene acompañado de una crítica muy superior de una organización esclavizante y degradada?

Siga, pues, el Estado trabajando sin cesar en su obra de reconquista y resurrección neocorporativa y realice todo aquello que se prometía en el decreto de Diciembre de 1934:

«Confiado en el cargo que le asigna el Estatuto de Trabajo Nacional, todo su esfuerzo se dirige a preparar la autodisciplina de la economía por medio de los órganos corporativos, porque no hay otra manera de asegurar a esta economía los elementos esenciales de una sana constitución, a saber, la iniciativa individual, la concurrencia legítima, la cooperación metódica y legal de todas las actividades organizadas, siendo el Estado suficientemente independiente para coordinar todos los intereses y plegarlos al servicio del bien común.»

